

y las tiendas, y que el susodicho arco central es al mismo tiempo una travesía.

Las tiendas, sus luces y el ojo del puente se copiaban por entero en el canal, trazando en sus cristales otro semicírculo, que unido al de arriba, formaba un ancho óvalo argentado por la luna y ornado de rojizos esplendores; una especie de aro ó disco, semejante al que rompen de un salto los acróbatas y por el centro del cual pasó nuestra embarcación como un relámpago.

Siquiera allí, la ciudad daba señales de vida. Pasos, gritos, golpes resonaron un momento sobre nosotros. Los habitantes de Venecia se nos aparecían en los aires, como una bandada de pájaros marinos, ó como la tripulación de un barco gigantesco, vista desde un humilde bote que pasara cerca de él.—Allá arriba todo era luz, animación y movimiento.—Abajo, en la laguna, seguía reinando la callada soledad.

Pasado el puente, el *Canal Grande* se dilató y hermozó mas todavía. La luna se bañaba en el centro de un desierto de agua, iluminándolo todo, tornándolo en líquida plata el melancólico elemento, esclareciendo con los reflejos de su hermosura las lejanías del horizonte y trocando en filigrana y encaje la piedra labrada de alcázares y templos.

Al llegar á este punto, la góndola viró á la izquierda, y dejando el gran canal, se deslizó en un callejón oscuro por entre los muros sombríos de dos palacios.—Empezábamos la anunciada travesía, que habia de traerme al *Hotel d'Europe*, evitando un larguísimo recodo.

Aquí ya la navegación cambió completamente de carácter.

La luna no penetraba en las angostas y profundas callejuelas ó pequeños canales que hemos atravesado.

Los remos daban con frecuencia en las paredes.

Sobre nuestras cabezas pasaban de una manzana á otra infinidad de puentecillos, que no eran sino las *calles de tierra*, las *vias sólidas*, por decirlo así, de la ciudad anfibia.

Ya os explicaré el misterio de la estraña complexión de Venecia.

Sobre aquellos puentecillos se sentían á veces los sordos pasos de algun transeunte.

El sentiria á su vez debajo de sí el rumor de la góndola en el agua.

Algunos faroles, colocados muy altos, alumbraban al mismo tiempo, y asaz débilmente, nuestro camino y el suyo.

Nada mas medroso que todos estos lugares, que todos estos encuentros, que todos estos ruidos.

Asi pasábamos de un callejón á otro; así encontrábamos plazoletas de agua; así doblaba la góndola una y otra esquina: así torcíamos á la derecha, luego á la izquierda; así dejábamos á un lado y á otro cien y cien canales que llevaban á otros puntos; así me persuadí finalmente de que se puede recorrer toda la ciudad navegando.

A veces, oíamos detrás de una esquina el son de otros remos.

Entonces los gondoleros que me conducían, ó los que venían á encontrarse

con ellos, decían dos palabras, á que no contestaba nadie; pero que daban lugar siempre á una maniobra.

—*¡Sia premi!*

—*¡Sia stati!*

—*¡Sia di lungo!*

Con uno de estos tres gritos se indicaban lo que debían hacer para evitar un choque ó un *pase-por-ojo* al tiempo de doblar una esquina.

¡Y qué lúgubre, qué dramático efecto produce en el recién-llegado este lacónico grito, que tiene su música especial!

A poco de oirse la advertencia entre el murmullo del agua, veis pasar á vuestro lado una cosa larga, estrecha y enlutada como un atahud.

¿De dónde viene? ¿A dónde vá? ¿Qué guarda dentro?

Nada sabeis.

Ni una palabra se cruza de una góndola á otra.

O los que las llevan no se conocen en tanta oscuridad, ó dejan de hablarse, por respeto á las personas que conducen.

Ello es que la góndola pasa... y se pierde en los oscuros canalizos.

¿Quién sabe si detrás de aquellas persianas negras se esconde el amor ó el crimen, el dolor ó el placer, la riqueza ó la miseria, el horror ó la hermosura?

La góndola atracó por último al pie de una empinada escalera que bajaba de un alto puentecillo.

—¿Hemos llegado? pregunté.

—Estamos muy cerca del *Hotel d'Europe*, me respondió el mayor de los gondoleros. Desembarcaremos aquí, y recorreremos tres ó cuatro calles á pie. De este modo nos ahorramos mucho camino. *Jacobello*,—continuó, dirigiéndose á su hermano;—espérame aquí con la góndola, que yo voy á conducir al señor.

Subí, pues, aquella escalera, y me encontré en el segundo piso de Venecia, ó sea en la Venecia terrestre.

Allí era también grande el silencio; pero no tan profundo como en las lagunas.

Las calles que he recorrido para venir al hotel son sumamente estrechas; pero resplandecían de luz, de cristales y de vistosos objetos como las galerías de un palacio ó como los *pasajes* principales de París.

En Venecia todo es subir y bajar escaleras.

De aquí que no sean posibles ni conocidos los carruajes ni los caballos.

Y de aquí también el silencio que reina en la ciudad.

La gente que faltaba en los canales iba y venía por aquellos corredores y pasillos que tienen el nombre de calles.

El embaldosado suelo brillaba como el de la mas cuidada habitación.

En Venecia no se conoce el polvo. ¿Ni cómo ha de conocerse?

Nadie hablaba en voz alta...—Solo se oía el rumor de los pasos.

Este es otro rasgo característico de Venecia.

La mayoría de los transeúntes se componía de pandillas de oficiales austriacos, cuyas espadas producían un lúgubre son al golpear los peldaños de las escaleras que bajaban á los canales ó subían á los puentes.



Vista de Ferrara.

Aquel silencio podía compararse al que interrumpe la alegría de un festín cuando un convidado pronuncia una palabra amenazadora, á que no puede seguirse sino un duelo.

Y mientras las gentes callaban de este modo, las calles ardían, por decirlo

asi, con las multiplicadas luces de innumerables tiendas, cafés, almacenes y bazares que en nada se diferenciaban de los del resto de Europa.

Resulta, pues, de todo esto, que hay dos Venecias, comprendidas mutuamente



Puente de los Suspiros en Venecia.

la una en la otra: la Venecia exterior y la Venecia interior; la alta y la baja; la oscura y la luminosa; la italiana y la tudésca; la del agua y la luna y la de los brillantes aparadores, en que resplandece el comercio; la de los palacios y la de las tiendas; la solitaria y la poblada; la de las góndolas y la de los ambulantes

Y resulta tambien que desde una Venecia no se adivina la existencia de la otra. El que discurre por las tenebrosas lagunas no puede sospechar que sobre su cabeza y al otro lado de las casas hay una ciudad despierta, viva, radiante, esplendorosa: como el que pasea por las calles no se da cuenta de que debajo de él y en torno suyo hay otra ciudad dormida, silenciosa, llena de oscuridad y de misterio.

Y sin embargo, asi como desde la góndola oi alguna vez en los aires sordos pasos de fantásticos transeuntes, del mismo modo oi desde los puentes balbucir el agua en coloquio con los remos, y tuve conciencia de que alguien pasaba por debajo de mí.—Pero esto era rápido y transitorio como una distraccion del sentido, y luego tornaba á la realidad de lo que veia, olvidando y no comprendiendo la faz oculta de Venecia.

Llegué al hotel.

La puerta de cristales por donde he entrado da á una estensa galería, al fin de la cual hay otra vidriera semejante. Esta segunda puerta se encuentra sobre el Gran Canal.—El *Hotel d'Europe*, como todas las casas de Venecia, tiene una entrada por tierra y otra por agua.—La fachada principal mira siempre á los canales.

Pero todo esto lo examinaremos mañana por nosotros mismos. Hasta ahora me atengo á las esplicaciones del hermano de *Jacobello*.

Con que hénos en Venecia.

Yo no pienso salir ya esta noche. Estoy fatigado y quiero madrugar.

¡Mañana!...—Mañana verá la plaza de San Marcos, el palacio de los Dux, el Lido, las iglesias bizantinas, las obras maestras de Ticiano, el Puente de los Suspiros, las prisiones, los palacios del *Canal Grande*... ¡cuántas y cuantas cosas que constituyen los mas dorados sueños de mi vida!

Ahora son las ocho de la noche. Todas las campanas de Venecia repican á vuelo.—Mañana es día de San Carlos.

—Esas últimas que suenan, me dice el camarero, son las campanas de San Marcos.

Despues me da otra noticia.

—Venecia, me dice, no está hoy para fiestas. Acaba de saberse que Victor Manuel ha perdido una batalla á orillas del *Gareglano*. La derrota de los piamonteses ha sido completa, y Francisco II estará á estas horas de vuelta en Nápoles. Asi al menos lo afirman los periódicos de esta noche.

—¿Pues qué? le pregunto yo. ¿Hay periódicos en Venecia?

—Si señor: todos los dias. Aquí tiene usted uno de hoy.

La primera cosa que leo en el diario que me alarga el camarero, es la siguiente frase con que principia un suelto:

«S. M. I. R. A. se ha graciosísimamente dignado etc.»

La abreviatura S. M. I. R. A., quiere decir *Su Magestad Imperial Real Austriaca*.

Veo que los periódicos de Venecia son del gobierno.

Acaso sea tambien del gobierno la noticia de la derrota de Victor-Manuel.

¡*Batalla del Gareglano!*—Esta palabra suena bien en oídos españoles.—Hace tres siglos y medio don Fernando el Católico le ganó una *batalla del Gareglano* á Luis XII de Francia.

¡Victor Manuel derrotado por Francisco II!—Ahora comprendo el lúgubre silencio que reinaba esta tarde en el tren, y esta noche en las calles de Venecia.

¡*Povera Venezia!*—como dicen á cada instante los gondoleros.

IV.

Venecia á vista de pájaro.—Un paseo por el Lido.—La *Piazzetta*.—La plaza de San Marcos á las dos de la tarde.—Los venecianos y los austriacos.—El café *Florian* y el café *Cuadri*.—La noche de un domingo.

Venecia 4 de noviembre.

Esta mañana, á eso de las ocho, tomábamos café en el magnífico balcón de piedra del comedor del *Hotel d'Europe*, mi antiguo amigo H. de V., un jóven inglés llamado *Sir Arturo* y vuestro atento servidor.

De H. de V. ya sabéis que es prusiano de nacimiento, dinamarqués de profesion y español por el trato y las costumbres.

Sir Arturo es hijo de un opulento banquero de Londres, y ha venido á Venecia, de paso para la isla de Corfú, en donde está convidado á una cacería.

Solo un inglés hace un viaje de Inglaterra á Grecia sin mas objeto que matar un ciervo.

Por lo demás, *Sir Arturo* tiene veinte años, es blanco y rubio como una *Ofe- lia*, y se pone colorado siempre que le dirigimos la palabra.

Este inglés es el mismo que comia con nosotros en el hotel de Milan.

De aquí nuestro conocimiento.

Mas advertencias:

El prusiano y yo nos entendemos por lo regular en español.

El inglés me habla en italiano.

El prusiano y el inglés se comunican en alemán.

A veces cambiamos de sistema, y el inglés y el prusiano hablan inglés; el prusiano y yo nos lanzamos al francés, y el inglés me dirige la palabra en latin.

De esto resulta que no es posible que nos entendamos los tres á un mismo tiempo, por la sencilla razon de que entre esos seis idiomas no hay ninguno que nos sea comun.—El prusiano no conoce el italiano ni el latin; el inglés no comprende el francés ni el español, y yo ignoro completamente el inglés y el alemán.

Nuestros diálogos son, por consiguiente, una maraña de traducciones.

Dos palabras ahora sobre el lugar de la escena.

El *hotel d'Europe* fue en otro tiempo *palacio Giustiniani*.